



CAPÍTULO 7

Erich Fromm, mi maestro

MAURICE R. GREEN

LEÍ A FROMM POR PRIMERA VEZ DURANTE mi clase de motivación social y conflicto con Eberhart y Campbell, en la Universidad Northwestern en Chicago, en 1941, cuando nos asignaron la lectura de su libro *El miedo a la libertad*. En 1951, después de dos años de estar inscrito en el William Alanson White Institute en la ciudad de Nueva York, donde realizaba mi entrenamiento en psicoanálisis, pedí a Fromm como uno de mis supervisores (otros fueron Margaret Mahler, Janet Rioch, Hilda Bruch y Edward Tauber; también me supervisó Frieda Fromm-Reichman, ex esposa de Fromm, por dos años) y comencé a verlo en su pequeña oficina llena de libros, en su departamento en Riverside Drive. Con frecuencia cancelaba sus citas por la gran demanda que tenían sus conferencias, a las que yo acudía cuando tenían lugar en Nueva York, porque en muchas otras ocasiones las presentaba en otras ciudades. Sus conferencias se daban en grandes salas de teatro y las entradas siempre se agotaban.

Desde el principio nos caímos bien aunque yo era un entusiasta de Sullivan y de sus ideas acerca de la esquizofrenia, para las cuales no encontré apoyo alguno en Fromm, porque, hasta donde pude ver, no se interesó en atender esquizofrénicos en su práctica clínica como psicoanalista no médico.

En supervisión le presenté a un paciente que le interesó mucho: un latinoamericano del Caribe que conoció a Fidel Castro cuando todavía era profesor de la Universidad donde mi paciente se graduó. La revolución se había iniciado en Cuba y mi paciente se encontraba en conflicto por sus dudas sobre si regresar allá o no; él rechazaba los



exclusivos intereses comerciales de su familia, por lo que sufría de angustia, depresión y dificultades en su atención y concentración. Fromm me animó a darle un franco apoyo con empatía¹ e interpretaciones mínimas. Al paciente le tomó tiempo aclarar los puntos necesarios, y al serle claros sus conflictos neuróticos, comprendió los orígenes de éstos y pudo, entonces, llegar a decisiones independientes para determinar las metas de su vida.

En oposición a lo que me habían dicho de la dureza del estilo de confrontación de Fromm, viví su comprensión amable, cálida y llena de paciencia hacia mis problemas personales, además de su interés atento a mi trabajo con mis pacientes. Esto contrastaba francamente con mi experiencia de él como conferencista: entonces me parecía un sacerdote grandioso, arrogante, o un profeta que, con una especie de autoridad absoluta, expresaba su desprecio por la avaricia comercial y por la devaluación superficial de muchos miembros de nuestra sociedad capitalista. Hay quienes creen que estas cualidades de su comparecencia en público resultaban de sus estudios rabínicos; es posible, pero confieso que mi interés en escucharlo se debía a que yo era un estudiante de Max Weber, cuyo hermano Alfred fue maestro de Fromm en Heidelberg. Le agradecí a Fromm que en su momento me guiara hacia los trabajos de Martin Buber, a quien después conocí en persona en Washington, D. C. Debo señalar que Fromm nunca intentó adoctrinarme en sus ideales socialistas.

He pensado que tal vez Fromm se vio influido por Karl Abraham, figura señera del Instituto Psicoanalítico de Berlín cuando Fromm se entrenaba ahí. Abraham hizo algunas contribuciones tempranas a la teoría de las relaciones objetales que enfocaban patrones persistentes de la interacción analista-paciente. Buber, Sullivan y Fromm convirtieron esta interacción en un tema central de su teoría de la comprensión y tratamiento de los desórdenes mentales, al igual que Fairbairn y el grupo Tavistock, en Inglaterra.

En 1950, Fromm y su segunda esposa, motivados por la salud de ella, se mudaron a México, donde él fundó el Instituto Mexicano de Psicoanálisis en 1956, bajo los auspicios de la Universidad Nacional Autónoma de México. Enseñó en el Instituto y lo dirigió por muchos años; sus alumnos le hicieron ahí un departamento y él se construyó

¹ Empatía, del griego: *en* = dentro + *pathein* = sufrir, sentir. En psicología se dice del ingreso mental en los sentimientos o en el espíritu de la persona o cosa, apreciar, percibir, comprender anímicamente.



una estupenda casa en Cuernavaca. Cuando yo iba a México buscando su supervisión lo visitaba en su oficina de la ciudad. En 1957 pasé un verano en Cuernavaca con él y con cinco o seis analistas más, provenientes de Nueva York; nos reuníamos dos veces por semana en sesiones de tres horas, y participábamos en seminarios de casos clínicos. En ese entonces, Daisetz T. Suzuki, famoso budista zen, se hospedaba con Fromm y yo disfrutaba mucho su compañía durante la comida, y algunas veces me senté con él en un pequeño refugio de meditación construido en una ladera.

Durante las sesiones de tres horas con Erich Fromm enfocábamos a pacientes muy difíciles o a otros a quienes no habíamos podido ayudar. Fromm se mostraba pesimista acerca de la psicoterapia aplicada en la esquizofrenia, pero era de una gran ayuda en los demás casos clínicos; prefería enfocar las características «no productivas» de los patrones de socialización y no la taxonomía de los diagnósticos psiquiátricos, y utilizaba la clasificación de las orientaciones del carácter de sus libros: *receptivo* (oral dependiente), *explotador* (oral agresivo o fálico narcisista), *atesorador* (anal retentivo) y *mercantil*. El carácter mercantil se refiere a que la interrelación humana se ve gobernada por las normas del intercambio de mercancías o por el valor monetario de venta y no por las capacidades potenciales del sujeto.

Un espíritu de humildad permeaba el seminario; yo había anticipado una buena proporción de fricciones de nuestros yos y de posturas defensivas, pero Fromm estimuló las actitudes opuestas al presentarnos su propio trabajo clínico como un igual entre sus pares en vez de querer aparecer como el maestro que hablaba con sus inexpertos alumnos. Esta participación entre iguales nos estimuló a asumir una apertura fraterna refrescante y nos dio la oportunidad de aprender mucho unos de otros, así como del propio Fromm. Fue experimentar en lo personal y a la vez sentirnos libres de las estructuras autoritarias, libertad que con tanta elocuencia él defendía en sus libros.

Inspirados en *El lenguaje olvidado*, que escribió sobre los sueños, le dedicamos una gran atención a la comprensión de los sueños de los pacientes. Yo sentía una atracción especial hacia el tema porque el doctor Tauber y yo habíamos terminado recientemente un libro sobre los sueños titulado *Prelogical experience*;² Fromm nos hizo el honor

² Edward S. Tauber y Maurice R. Green, *Prelogical experience: An inquiry into dreams and other creative processes*, Nueva York, Basic Books, 1959.



de escribir la introducción. Puesto que Tauber había pasado mucho tiempo con Fromm justamente por este libro, su pensamiento estaba en sintonía con el de él. Como he señalado, el énfasis de nuestra indagatoria estaba en el patrón infortunado de la relación del paciente con sus semejantes, en lugar de buscar los signos y síntomas específicos de un trastorno psiquiátrico.

El *insight* de Fromm era profundo en la enajenación compartida por tantos individuos de nuestra sociedad, que se sentían aislados e impotentes. Al parecer, algunos de los alumnos que se entrenaban con él y no pocos miembros de sus auditorios sufrían esta misma impotencia psicológica cuando Fromm impactaba su sensibilidad con su desprecio contundente en el momento en que percibía algún engaño, fingimiento o farsa. Debo decir que nunca sentí este aspecto de él hacia mí; de hecho, experimentaba en él una especie de humildad hacia mí, que yo admiraba, pese a que algunos de mis colegas dudaban mucho de esta vivencia mía. Debo agregar que mis observaciones en todo momento eran consistentes con su compromiso hacia un clima democrático y de igualdad en el ambiente de entrenamiento psicoanalítico, y así, llegó a convencer al personal administrativo del William Alanson White Institute de abandonar la práctica, vigente hasta entonces, de que fuese el analista de entrenamiento quien tuviese la decisión final de continuar o suspender la preparación de un alumno. Gracias a esta intervención de Fromm, los alumnos se vieron protegidos contra cualquier intento de lavado de cerebro o de adoctrinamiento por parte de sus maestros.

Al igual que Sullivan, Fromm atacó la idea de que el psicoanalista era un científico que debía ver a su paciente de un modo objetivo, distante, como un investigador observa a un insecto a través de un microscopio; insistía en la gran significación del lazo de empatía mediante el cual paciente y terapeuta participan de una humanidad común. Asimismo, combatía las ideas reduccionistas de buscar un conflicto infantil exclusivo, al igual que se oponía a las interpretaciones simplistas de conflictos de Edipo, rivalidades fraternas, etc., insistiendo en que debía lograrse la comprensión del contexto completo de los hechos mediante una indagación sistemática. En consecuencia, observaba el fenómeno de la transferencia no sólo en términos de una experiencia infantil, sino que buscaba también sus manifestaciones presentes en los sueños, en las asociaciones del paciente, en sus *lapsus linguae* o en sus *lapsus mentis*, en su manera de hablar y de moverse, en sus expresiones faciales y en las variaciones



del tono de su voz, todo ello enriquecedor del concepto.

Por otro lado, enfocaba la contratransferencia desde varios puntos de vista: uno, como la respuesta humana, sencilla, genuina, del analista a la presencia y a la comunicación del paciente. Otra, como una respuesta sensible a un aspecto no verbal del ser del paciente, aunque éste no estuviese consciente de lo que comunicaba. Fromm se coloca claramente del lado de Laing, Sullivan y Thompson en el proceso de comunicación interpersonal, por lo que se oponía vigorosamente a quienes consideraban que el analista debía ser un observador distante, frío y objetivo. Insistía en que el analista se presentase ante su paciente como un ser humano igual que él, con la vulnerabilidad y fragilidad del caso. El analista debe dirigirse a la comprensión que comparte de las experiencias del paciente, así como de sus respuestas a esas experiencias. Fromm no utilizaba el término *contratransferencia* para lo que hemos descrito, pero es claro al describir lo que para él significa la transferencia en toda su amplitud, así como el uso que da al término.

Señalaba: «El fenómeno de la transferencia debe comprenderse en el hecho manifiesto de que muchos seres humanos se sienten, de un modo inconsciente, como criaturas, y por ello añoran una figura poderosa en quien confiar y a quien entregarse [...]. Este anhelo no es en modo alguno necesario ni exclusivo, ni una repetición de una experiencia infantil». Aunque ni usa ni explora el término *contratransferencia*, da a entender que se aplica con toda propiedad al analista considerado como una figura poderosa y confiable ante la cual el paciente se rinde. De hecho, el analista puede utilizar la contratransferencia que percibe, en tanto no se deje engañar, como guía para comprender la transferencia que su paciente experimenta.

Fromm dice: «Desde mi punto de vista, la transferencia tal como la conocemos es una manifestación de idolatría, por lo que la persona transfiere sus propias actividades o todo lo que experimenta: su capacidad de amar, la potencia de su pensamiento, a un suceso o acontecimiento fuera de él mismo [...]. Cuanto más poderoso se torna el ídolo, más le transfiero y más me empobrezco; dependo más y más de él, y entonces me sentiré perdido si pierdo aquello o aquel a quien le he transferido todo lo que tengo».

Es más, la dependencia transferida al analista como figura paterna se ve reforzada por la impotencia existencial del sujeto. En toda sociedad donde una élite fomenta la explotación de la mayoría, haciéndolos cada vez más impotentes, el ser humano busca ídolos



—chamanes, hechiceros, sacerdotes, reyes, padres, profesores— a los cuales pueda someterse por su miedo o su impotencia no reconocidos por él mismo. Cuando un psicoanalista o terapeuta experimenta esta distorsión de su imagen está viviendo una contratransferencia, y si llegase a creer que la experiencia es válida, se engaña a sí mismo y esto le será destructivo. Sin embargo, no todos los sentimientos del analista hacia su paciente son incitados por él; algunas veces el analista, por su propio psicoanálisis insuficiente, experimenta sus propias necesidades y conflictos no resueltos; o bien, puede suceder que experimente sentimientos de respeto, amistad o admiración genuinos muy merecidos y apropiados hacia su paciente. A un psicoanalista experimentado siempre le resultará útil examinar sus sentimientos y pensamientos hacia sus analizandos, buscando aquellas evidencias o huellas de algo inconsciente para éste que puedan resultarle de valor terapéutico.

Fromm prefería enfocar las sensaciones de aislamiento, soledad, vacío interior, infelicidad, insatisfacción, angustia o ausencia de alegría en la vida de la persona, en vez de fijarse en los síntomas de enfermedad mental. Este abordaje requiere mucho más esfuerzo de parte del terapeuta que el necesario para meramente limitarse a mitigar el dolor y la desesperanza, al exigir un cambio básico en la orientación de las actitudes y la conducta del paciente. Uno de mis pacientes abandonó una carrera muy lucrativa para iniciar otra mucho más creativa y que le era muy satisfactoria.

Fromm me envió varios pacientes, todos de familias prominentes y ricas, pensadores brillantes y dedicados. Habían buscado a Fromm viajando hasta México para consultarlo; uno de ellos me frustró y pensé que era por un error mío: el paciente, víctima de la era del senador Joe McCarthy, era una persona muy talentosa, que pensó que yo lo había curado de su enfermedad liberándolo para que él viviese el estilo de vida que anhelaba. Pero para mi mentalidad de burgués medio, él había dejado de ser un adulto-niño sumiso y reprimido para convertirse en un aventurero sibarita, libertino y falto de templanza, y yo me sentía decepcionado y frustrado: había pensado que él utilizaría su gran talento e inteligencia al servicio del ser humano y de la sociedad. Supongo que Fromm habría dicho que él alcanzó una de las metas independientes de sus potencialidades.

Uno de los temas a discusión surgidos en el seminario fue acerca del potencial destructivo posible en la indagación psicoanalítica. Presenté en nuestro grupo el caso clínico de un médico que me fue refe-



rído por un colega de mayor edad que yo. Cuando este colega atendió al paciente utilizando la posición psicoanalítica tradicional en el diván, el paciente comenzó a alucinar, presentó un cuadro paranoide agudo con delirios que espantó al psicoanalista, quien lo internó en un sanatorio, aunque por tiempo breve. Fromm vio en todo esto un resultado, no infrecuente, por desgracia, del uso inadecuado del diván, que puede estimular una regresión acentuada y un narcisismo intenso en individuos vulnerables. Al revisar la historia clínica y las características de este hombre fue claro que no se trataba de un caso de esquizofrenia y que respondería bien a un abordaje empático de sus relaciones actuales con sus pares, con las autoridades de su trabajo y en su vida familiar. El consejo de Fromm fue eficiente.

Fromm también nos sugirió que nos entrenásemos con la maestra Charlotte Selver en un curso de concientización corporal, que él había experimentado con muy buenos resultados. El trabajo de Charlotte Selver viene de la escuela alemana del Feldenkreis (campos circulares de fuerzas anímicas que influyen sobre el cuerpo). Encontré de gran ayuda mi entrenamiento con ella para los problemas de mi espalda y para mi postura, como encontré muy relajantes los ejercicios respiratorios de la meditación zen.

Atesoro mis recuerdos de estar sentado en el pasto frente a la casa de Fromm en Cuernavaca, con las altas montañas alzándose atrás de nosotros, escuchando el canto de los pájaros y contemplando la belleza de los pavorreales que paseaban en el jardín. Siempre recordaré con gratitud esa ocasión en que pude apreciar las muchas modalidades sutiles en que la avaricia y el engaño operan en nuestra sociedad, y sus efectos devastadores sobre los ingenuos y los confiados.

Fromm presentó en el William Alanson White Institute de Nueva York, en 1959, una conferencia inédita en que detalla su técnica, publicada en alemán en 1992, doce años después de su muerte. Señala, en primer lugar, que no basta hacer consciente lo que ha sido inconsciente ni ayudar al paciente a comprenderlo. Insistió en que debe haber una relación estrecha con el analizando y estar comprometido con él, para señalar enseguida, cuando el terapeuta se ha formado una idea de la identidad nuclear del paciente: ¿quién debió ser y quién es bajo las capas de experiencias de distorsión y abandono que vivió? ¿Cómo habría podido ser en condiciones de vida más afortunadas? En segundo lugar, afirmó la necesidad de contar con algún marco de referencia teórico no especificado, para enseguida agregar la importancia de valorar lo que él llamó «las probabilidades



de un cambio profundo» que dependía de la vitalidad del sujeto, de sus circunstancias de vida, del monto de sus sufrimientos, de sus cualidades de honestidad y de su grado de fortaleza. A veces se logra un *insight* en el segundo o tercer encuentro, y aunque la respuesta del paciente sea leve, nos alienta a continuar; pero si el analizando, de una manera fría e insensible, busca halagarnos y lo sigue haciendo por algún tiempo, uno debe desistirse de continuar la terapia. Por último, el terapeuta debe meditar, en su momento, acerca de las analogías considerando con sensatez si el caso amerita una terapia de apoyo o la interrupción del psicoanálisis; sugirió la prudencia para no sufrir la eventualidad de que nada útil hubiese acontecido después de cuatro años de terapia.

No debemos olvidar las resistencias al tratamiento: hay que evaluar su resistencia principal, su peso o su fuerza, así como reconocer que si sus resistencias están tan acorazadas como para ser inabordables, y si el paciente está muy enfermo, debe dársele una terapia de apoyo de orientación psicoanalítica.

También resultó invaluable que en esa reunión, Fromm nos describiese las principales fallas de sus alumnos: hizo ver que por su inexperiencia, el alumno puede minimizar la magnitud del problema que enfrenta, no percibir lo dudoso de los resultados que puede obtener, y nos lo recalcó dando un ejemplo de lo que hay en común entre un prelado o ministro de la fe y un psicoanalista, planteando la falta de fe que pueden sufrir ambos, así como sus dudas, sus palabras ambiguas, sus racionalizaciones impregnadas por sus sentimientos constantes de culpa y por su sentido secreto de haber fracasado en sus respectivos entrenamientos. Nos exhortó a ser cándidos, francos y llanos en todos estos puntos.

Insistió en detallar que en la interacción de la situación psicoanalítica deben desecharse totalmente toda pretensión, engaño o ficción; como tampoco hay lugar para tratar de amenizar ni para respetar convencionalismo alguno. El psicoanálisis debe ser un espacio de un realismo completo. Agregó que el analizando debe vivenciar algo y no únicamente una exclusiva verbalización intelectual abstracta; además, en pleno compromiso, el analista debe decir con toda claridad lo que ve, porque dentro de esta relación comprometida, la verdad va penetrando las defensas del sujeto. Fromm señala que en casos de angustia intensa o de vulnerabilidad prepsicótica se debe ser cauto con la verdad, pero, sea por convencionalismo, sea por temor a hacer enojar al paciente, jamás debemos titubear en comunicarla.



Fromm también invirtió tiempo para hablar de cómo ayudar al terapeuta a irrumpir en las defensas del paciente, eliminando sus maniobras evasivas, sus negaciones y sus justificaciones. La recompensa para el paciente es vivir la alegría y el regocijo inherentes a la liberación de lo disociado en su intimidad. Por último, nos contó lo dicho por un famoso psicoanalista francés: «Uno nunca se debe aburrir ni ser aburrido; si ello llegase a suceder se debe saber que la labor realizada durante esa sesión ha estado equivocada».

Fromm no se limitó al tratamiento de trastornos mentales, y mostró interés por una nueva función del psicoanálisis que llamó *análisis transterapéutico*, que no termina cuando se ha curado el trastorno mental o desaparecido el síntoma neurótico. Fromm deseaba que el análisis fuese más lejos: anhelaba atender las condiciones específicas de la existencia humana y confrontar la estructura misma de la sociedad. Él decía: «Una persona no completamente enajenada, que aún es capaz de sentir, que no ha perdido su sentido de la dignidad, que aún *no está a la venta*, que puede aún sufrir los sufrimientos de otros, que aún no se convierte de lleno al estilo de una existencia de *tener* —en resumen, una persona que aún es una persona y no una cosa—, no puede evitar sentir soledad, impotencia y aislamiento en el ambiente social actual».

Al exponer la transterapia, Fromm hace explícito lo que se implica fuertemente desde el principio de su obra: está mucho menos interesado en síntomas de enfermedad que en la personalidad total del sujeto y en su relación con sus semejantes y con su comunidad; se ocupa de la bondad de estas relaciones y entiende por bondad los valores morales fundamentales que realzan las vidas de otros al contribuir a la verdad creativa en el conocimiento y en el vivir para crear una sociedad justa y solícita. Se puede pensar que tiene mucho en común con los grandes líderes religiosos de nuestro siglo pero no es así, puesto que rechaza toda organización o institución autoritaria... pero lo atraía la constitución antiautoritaria del budismo zen, al igual que se sentía atraído por el temperamento no autoritario de la Ilustración y del Renacimiento.

Fromm descarta todo retorno a una religión o a un teísmo, y prefiere las preguntas prácticas: ¿el sujeto vive el amor y piensa la verdad? Pone más atención en la relación que se mantiene con una sociedad enferma que a la atención que se le dedica al enfermo, pero exige mucho del psicoanalista como individuo, comenzando porque insiste en que el objetivo del analista debe ir más allá del individuo,



hacia las condiciones específicas de la existencia humana y a la estructura de la sociedad en que vive. Enseguida, aconseja que para escoger a un psicoanalista para uno mismo se le debe investigar a través de sus colegas y pacientes, concienzudamente.

Fromm se mostraba impaciente con tantas escuelas de psicoanálisis: existencial, freudiana, jungiana, adleriana, neofreudiana y tantas otras más; en otras palabras, destacaba la importancia del psicoanalista individual: su personalidad, su capacidad de pensamiento crítico, su filosofía personal y su carácter; abogaba por un método específico de psicoanálisis cuya meta fuese la enseñanza del autoanálisis y que requería dos horas a la semana por seis meses. En este tipo de análisis, el analista debe confrontar a su paciente, después de cinco a diez sesiones, con lo que ha aprendido de la estructura de lo que le es inconsciente y de la intensidad de sus resistencias.

También aconsejó al analista principiante que estudie los sueños del paciente al inicio del tratamiento para utilizarlos como ayuda diagnóstica y pronóstica; además, insistía en que se le comunicase al paciente lo que se iba comprendiendo de sus sueños. De hecho, Fromm aconsejaba al paciente someterse primero a un psicoanálisis cuidadoso, para irse familiarizando así con lo que le es inconsciente e iniciar más adelante su autoanálisis cotidiano, que continuaría por el resto de su vida. Señaló que el autoanálisis no debe tomarse a la ligera, porque presenta sus propias dificultades. También hizo hincapié en las penalidades de los ricos por las herencias de los padres, de la esposa o del esposo... porque esas personas *no tienen* que ganarse su sustento. En esta clase ociosa, los sujetos pueden soslayar la confrontación con sus propios defectos, que en condiciones normales de trabajo o de empleo tendrían que confrontar. Pensaba, asimismo, que la naturaleza del trabajo puede constituirse en un obstáculo; así, por ejemplo, el narcisismo de quien trabaja en algún espectáculo puede servirle para lograr el éxito en su trabajo, como al burócrata puede serle de gran utilidad su sumisión. Puede llegar a ser de una ayuda decisiva el horizonte de conocimientos de una persona y su interés en el arte, las religiones, la literatura, la política... en tanto que resulta perjudicial el horizonte reducido de una persona incapaz de ver más allá de los confines estrechos de su clase social, de su etnia o de su medio ambiente.

Fromm estaba muy consciente de la destructividad potencial de un mal psicoanálisis, así como de todo egoísmo absorbente, de la preocupación excesiva por detalles, por minucias hasta triviales de la



infancia o por dar una importancia exagerada a los chismes familiares; tal tipo de *individualismo* egocéntrico resulta por demás enajenante y aumenta la vulnerabilidad a procesos serios de enfermedad mental. Como contraste, uno debe abrirse a los demás sin vanidad, narcisismo, egoísmo ni egocentrismo. Como dice Fromm: «Si la persona tiene la voluntad y la determinación de quitar las rejas de la prisión de su narcisismo y su egoísmo, cuando tiene la valentía moral de tolerar su angustia y sus miedos, vislumbra por vez primera una vivencia de alegría y fuerza [...], una experiencia de bienestar que, por pequeña y fugaz que sea, lo hace sentir algo tan superior a lo que había vivido hasta entonces que resulta una motivación poderosa para seguir progresando».

Para concluir, debo repetir mi agradecimiento a Erich Fromm por conducirme al conocimiento de personas como Charlotte Selver, Martin Buber y Daisetz T. Suzuki, quienes compartían con él su amor a la vida y a lo vivo, su preocupación afectuosa por la humanidad que se manifiesta por lo directo de su afecto y la elocuencia de su comunicación. Almorzando con Fromm en Cuernavaca o en su consultorio en Riverside Drive en Manhattan, yo experimentaba su forma directa al hablar, siempre esforzado, animoso, veraz y yendo habitualmente al grano. Si por casualidad se había equivocado, recibía con fácil sencillez las correcciones del caso. Debo agregar que con frecuencia hacía preguntas más que aventurar alguna interpretación.

A pesar de mi educación cristiana, me sentía muy cercano a sus antecedentes de judaísmo jasídico, sobre todo, como es natural, en las áreas místicas de cada campo.

Fromm tuvo una relación importante con la antropóloga y coreógrafa Katherine Dunham, de quien yo era un gran admirador porque estudié con Tally Beatty, una alumna de ella. El filósofo Alfred Dunham, hermano de Katherine, me enseñó la significación y el influjo de Charles Sanders Peirce en el trabajo y en el pensamiento de Harry Stack Sullivan, lo que fue publicado en uno de los primeros números de la revista *Psychiatry* de H. S. Sullivan.

No deja de resultarme curioso cómo se suceden coincidencias en la vida: Suzuki trabajó para la casa editorial Open Court Press, que publicó la obra de Charles S. Peirce, padre del pragmatismo norteamericano, a quien yo admiraba; de hecho, en uno de sus libros sobre zen, Suzuki hace notar lo mucho que tiene en común con la filosofía del pragmatismo. Yo presenté un trabajo en 1957, en ocasión del



seminario en Cuernavaca en honor de Daisetz T. Suzuki, sobre Peirce y Sullivan.

Cuando platiqué con Martin Buber en Washington, D. C., y cuando leí su libro *Tales from the Hassidim*, me trajo recuerdos vivos de mis sesiones con Erich Fromm.

Compartí con Fromm su entusiasmo por Eugene McCarthy y una cierta persecución consecuente, ya que el FBI, instigado por el infamante senador Joseph McCarthy, había recopilado un gran *dossier* acerca de nosotros. Sentí mucho pesar de no haber podido unirme a David Schechter y al grupo, quienes visitaron a Fromm en Suiza, pero nunca dejo de sentir vivamente la presencia cariñosa, cálida, sabia, de mi maestro.